

# El Coleccionista

Niké Lumière



Image not found.

## Capítulo 1

Recuerdo muy bien el día en el que me mudé.

El sol se encontraba en su punto más alto, tan brillante que se reflejaba en el agua y el poco pavimento existente en el pueblo, de modo que no se podía abrir mucho los ojos. A pesar del calor prometía ser un buen día, mi día.

— ¿Estás segura que quieres hacer esto, Gwen? —me preguntó una de mis hermanas, Elizabeth, interrumpiendo mi hilo de pensamientos. En su rostro lleno de pecas, casi idéntico al mío, la preocupación era la máxima protagonista.

— Por supuesto que sí —afirmé—. Es lo que siempre he querido.

A mí alrededor se encontraba reunida toda mi familia. Mi madre muy cerca de mí con su gesto preocupado, mi hermana Elizabeth y su melliza Ana con mi sobrino en brazos, todos ellos con su cabellera pelirroja y ojos verdes iguales a los míos. También estaba mi padre, Greg, con su rostro expresando su inconformidad, a pesar de eso sabía que él estaba tan ansioso como yo.

— Bailar —bufó mi padre, quién aún no estaba convencido con dejarme ir a la ciudad sola. De todas maneras, no podía ni iba a pararme, el día anterior cumplí 18 años y empezaría a tomar decisiones por mi cuenta—. Se va a ir por ir a bailar... ¿por qué nadie la detiene aún? —siguió diciendo entre murmulos, mientras mascullaba. Mi madre le dio un codazo por lo bajo. Después de eso mi padre se relajó, o al menos eso parecía.

Todos en mi familia —y los vecinos que se habían enterado de la noticia— que me iba a la ciudad sólo porque quería bailar, porque era mi sueño. No era del todo cierto, o al menos no era la verdad completa. Amo bailar, me encanta, pero lo que en realidad siempre había querido era salir de ese lugar, mi pueblo. Quería huir de su única estación de servicio, su único y simple supermercado, de aquella iglesia de ojos fulminantes, la única carrera que cruzaba el pueblo y los entrometidos vecinos... La beca para la universidad de arte fue mi pasaje para salir de ahí.

Hace poco más de un año, cuando faltaban apenas unos meses para graduarme de la escuela preparatoria y buscaba alguna universidad muy lejos de la zona donde vivía—y una que podría costearme— un cartel en la tabla de anuncios escolar llamó mi atención (y la de la mayoría de artistas de la escuela): la Universidad de Artes Plásticas y Escénicas estaba en busca de nuevos y jóvenes talentos. Ofrecía una plaza para actuación, dos para artes plásticas, una para canto y una última para

danza. Oh.

La noticia no tardó en viralizarse por todo el recinto escolar. La mayoría de los estudiantes de último año aún no tenían claro a cuál Universidad ir mientras otros sí se preocupaban por conseguir becas a la excelencia o becas deportivas. No era mi caso, mis notas no eran sobresalientes y mi participación en eventos deportivos era precaria, posiblemente ni siquiera podría pagarme una universidad fuera del estado y debía resignarme a ir a una abierta o alguna en una ciudad pequeña cercana o quizás asistir a una escuela de oficios. Sólo pensarlo me daba repelús, eso era condenarme definitivamente a quedarme en ese lugar, mi pueblo natal, donde no podría prosperar ni crecer como yo quería... ¿o sí? ... ¡No! Ni hablar. La única opción que tenía era conseguirla, tenía qué. ¿podría hacerlo? ¿Cómo?

En la cartelera informativa explicaba cuáles eran los pados a seguir para conseguir la beca para Danza —la especialidad a la cual quería optar—. Debía grabar un vídeo con una coreografía hecha por mí y mandarla junto a mis datos en un correo electrónico a la Universidad, y además subirlo a Internet. Parecía sencillo, casi un regalo. Cualquiera podría grabar un vídeo y subirlo a internet, pero estaba segura que mi escuela no era la única con un anuncio para aquella universidad, de las más prestigiosas en su tipo, muy alejada de mis sueños porque en condiciones normales ni siquiera podría aspirar a ella, hasta ese momento.

Si bien la danza es mi pasión nunca me visualicé practicándola de manera profesional, y ahora que lo hacía me llenaba de ilusión, pero para ello debía conseguir esa beca universitaria. Una vez que enviara el vídeo evaluarán técnica, movimiento y originalidad, quien resultará ganador tendrá la plaza, también podría vivir en el campus mientras durara la formación.

Me repetía a mí misma cada día y en cada entrenamiento que podía lograrlo si quería, si me esforzaba y estaba totalmente decidida a hacerlo. Eso decía mi madre.

Llegó el día en el que grabaría el susodicho vídeo. Armé una coreografía donde mezclaba la danza contemporánea con matices del jazz lírico ¿Sonaba loco y extraño? Sí, pero por alguna razón se veía realmente bien. No estaba segura si era lo suficientemente bueno, pero aún así lo mandé. Duré nerviosa y ansiosa por semanas, comía poco y sólo pensaba en ello. Además, mataba gran parte del tiempo en Internet revisando las visualizaciones y comentarios de mi vídeo, así como revisaba fotos del campus y leía los testimonios de los ex estudiantes. Necesitaba ir a esa universidad.

— ¡Gwen! —gritó mi mamá unos meses después de haber enviado el

vídeo— ¡Ha llegado el correo! ¡Hay una carta con tu nombre en ella!

Mi madre no había terminado de hablar cuando bajé a toda velocidad y le quité la carta de las manos. Miré a mi alrededor antes de abrirla, noté varios pares de ojos verdes y azules (mi familia) me observaban con expectativa...

El pequeño bebé que mi hermana cargaba en sus brazos empezó a llorar del susto una vez que yo grité de emoción ¡Me aceptaron! ¡Me aceptaron! Ni yo misma cabía en mi emoción. ¡Me aceptaron! ¡me aceptaron!

— ¿Qué dice? —me instó mi otra hermana, Ana, mientras intentaba tranquilizar a su hijo en brazos—. ¡Dinos!

— ¡Me aceptaron!

\*\*\*

Unos tres meses después de haber recubido aquella carta, ppr fin estaba lista para tomar mi tren a la metrópolis, muy lejos de este lugar.

— ¡Oh, mi pequeña! —sollozaba mi madre contra mi hombro, abrazándome fuerte. El suéter que tejíó para mí ( y me obligó a usar a pesar del calor) empezaba a picar, pero ella insistió en que lo usara. Se separó de mí un poco sin soltarme, y mirándome a los ojos me dijo—: Recuerda rezar mucho, así no te pasará nada. Cualquier cosa me avisas y haré lo posible para ayudarte. ¡Llama todos los días! Intenta visitar a tu tía Mar...

—Ya, mamá —le interrumpió Ana—. Estará bien, ¿no es así? Anda Jack, dile hasta pronto a la tía Gwen —su bebé profirió unos cuantos balbuceos y otras palabras inentendibles. Le di un beso en la frente. Después de eso mi hermana me abrazó fuerte, su melliza le siguió luego para despedirse de mí.

Mi padre suspiró resignado ante la escena, ya no lucía malhumorado.

— Supongo que no hay nada que yo pueda hacer para evitar que vayas ¿Verdad? —Yo negué con la cabeza. Él había intentado evitarlo desde que supo de la beca y mis ganas de concursar por ella— Aún no estoy convencido del todo de que sea una buena idea... pero estoy contigo—todos, incluso yo, mostramos gesto de sorpresa. Nadie esperaba ese cambio repentino—. Sólo cuídate mucho ¿Está bien? Debes entenderme... Soy un padre dejando ir a su hija menor a esa selva de concreto ella sola... me asusta, sinceramente.

—Podré con eso, ya verás.

Él no dijo nada más, pues cualquier cosa que pudo haber replicado fue silenciada por el ruido del tren al frenar en la estación. Ya debía irme.

—Ese es mi tren —avisé, todos asintieron.

Una vez que todos se despidieron de mí, subí con mi equipaje (apenas dos maletas) hasta el vagón que me habían asignado. En mi vagón sólo había un hombre de traje con un maletín de cuero, parecía un hombre de negocios. Leía un periódico y no pareció molesto cuando subí ruidosamente mi equipaje.

—Hola, buenos días—saludé apenada. Él despegó su vista del periódico, sus ojos eran grises. Quizás tendría unos 30 años, no parecía tan mayor.

—Buenos días, señorita —devolvió el saludo—. Veo que tiene mucho equipaje ¿viaja muy lejos? —me preguntó, mientras se paraba a ayudarme con la otra maleta. Le agradecí, era realmente pesada.

—A la ciudad, la metrópolis —respondí, no parecía un mal tipo ¿Qué tenía de malo si le contaba alguna cosa? Así que agregué penosamente—: Tengo una beca para la universidad. En este lugar no seré nadie

El hombre pareció sorprendido por mis palabras, aún así respondió:

—Sin duda, no parece un lugar para alguien como usted... espeo que le vaya bien y tenga mucho éxito —y aunque sonaba sincero, sus ojos se mostraban inexpresivos—. Disculpe mis malos modales. Mi nombre es Chris, Chris Middlenton.

Extendió su mano y yo la apreté, al tiempo que le decía mi nombre:

—Gwen, Gwen Redzell, un placer.

Cuando el tren partió me despedí por última vez, moviendo mi mano frente a la ventana en silencio. Los ojos grises de Chris no volvieron a fijarse en mí, pues se había dormido. Por mi parte observaba como unas horas después el paisaje cambiaba de verdes praderas y lejanas montañas a los colores típicos de una ciudad. Los árboles fueron reemplazados por altos edificios, y en mi corazón crecía una emoción que no podía describir.

Pensé en las demás personas con las que compartía el tren, quizás ellos viajaban para reunirse con sus familiares o para resolver asuntos de trabajo. Yo por en cambio, tomé ese tren para comenzar a escribir un nuevo capítulo en mi vida, que por fin comenzaba a hacerse realidad.